



**Guillermo Carnero**

## **Antología poética**

Dibujo de la muerte (1967)

Amanecer en Burgos

Las Huelgas

En el silencio de los claustros reposa  
la luz encadenada por la epifanía del tiempo.  
Florece la altísima tumba  
en blancos capullos de escarcha. Un ámbito  
de otro oculto transcurre, sólo por unas losas  
que oscuramente resuenan, incubando  
el crescendo angustioso de la proclamación de la muerte.  
Fidelidad no ensayada a la hora de vivir,  
permanece cada corazón bajo el delicado sudario  
que nada oprime. Sobre las piedras se abre  
una fontana de musgo. Porque quizá

temiéramos vivir, en la sombra germina  
la floración de la carne muerta. Andrajos y oro  
el esplendor revelan de los cuerpos antiguos.  
Entre imágenes de lejana belleza, piadosamente se oculta  
la carne muerta. Y así es hermoso  
discurrir fugazmente entre la eternidad de la vida, engarzada  
por la geométrica perfección de los albos sepulcros,  
como quien nada escucha, puesto que ni seremos  
llamados a los turbios festejos de la muerte  
ni el amor y el deseo corruptos, y el impalpable polvo de los besos  
alteran, en la madrugada tibia que turba el aire,  
el armonioso vuelo de la piedra, elevado  
en muda catarata de dolor.

### Muerte en Venecia

Detlev Spinell, son aquí debajo  
de la muerte.  
La sangre de la noche  
por el parque, las alas de la noche  
por el agua del parque, hasta la sangre  
los ojos submarinos, las palomas,  
el negro viento de su pelo, el agua  
por el kiosko, por las porcelanas  
azules, por los álamos, la orilla  
de la noche, los mimbres destejidos  
de la noche.  
Debajo de su nombre,  
del borroso marchamo, demasiada  
fue su belleza por entre las barbas  
de los antepasados, los blasones  
y el yeso colorado de los culos  
de los ángeles.  
Mira: no es el pájaro  
debatiendo su herida en el teclado  
ni es la cuerda que gime ni el antiguo  
sonido de su nombre, ni los tilos  
ni el sol sobre la nieve.  
Aquí debajo,  
Detlev Spinell, de la muerte, al fondo  
de las playas que rozan las palomas  
de sus dedos, debajo de la muerte,  
ya has olvidado el nombre de los bancos  
de madera, la grava del camino,  
las sombrillas de seda, los rugidos  
de un presentido mar, mira la horrible

presencia de las cosas, los zarpazos  
del sol, rugen las flores, se despliegan  
los dientes de la noche, arriba sombra,  
el martillo del mar, amor, oh noche  
debajo de la muerte!

Se ha rizado  
muy tenuemente el mar, o era su pelo,  
se levanta cantando entre el tizado  
desnudo de los árboles, o el viento  
ya quebrantado de su pelo, ola  
por el monte lluvioso, hacia los viejos  
sonidos de la vida, su lejana  
adolescencia...

No, ni en el piano  
ni en su muerto cabello, no, debajo  
de la muerte renace, ni en las fotos  
amarillas, debajo de la muerte,  
en la ola de hoy se ha creado  
su pasada belleza.

Ahora recoge  
tu viejo libro... Pola, la sirena,  
il vaporetto, las palomas grises  
su belleza la ola pronto el viejo  
maletín, hacia el puerto, hacia Venecia,  
hacia ninguna parte.

El afilado  
grito desde la nieve, desde el hueco  
bramido de la noche los zapatos  
de viaje deprisa allí la muerte  
la arena, aquel sonido como el largo  
vuelo de las gaviotas, allí tienes  
Detlev Spinell deprisa la capa  
de viaje tu muerte pronto, tienes  
que llegar

el sombrero de los músicos  
la pasarela, el Lido, las palomas,  
und bon jour, euer Exzellenz!  
la ola

ya está muy lejos, Venecia, tu muerte,  
Detlev Spinell, has sentido el largo  
sonido anticipado, ve, tu muerte,  
rescata la belleza de su inútil  
adolescencia.

Una vez más el silencioso resbalar de la góndola, casi  
para tocar hacia la sangre un ramillete de frío,  
para mirar al fondo de los derrumbaderos de la noche.  
Como tantas otras veces, hacia la laguna,  
despacio, desde ese ligero puñado de fresas,  
tantas y tantas veces por entre los leones de piedra  
y las columnillas transparentes de mármol, su delgado racimo de

sangre,  
tantas veces entre el aire mordido por las gárgolas,  
en los rincones de las loggias, en los ecos  
cubiertos de polvo en el mojado silencio de las fuentes,  
una y otra vez  
casi podría decirte cómo he recorrido  
los dedos y la palma de mi mano,  
cómo he visto despacio el opaco vacío de mis ojos  
al mirar y tocar y correr y seguir cada tarde hacia la laguna  
la góndola ligeramente velada por la niebla,  
un puñado de fresas, a lo lejos,  
allá atrás, en la playa, podría buscar ahora  
las largas transparencias sobre el pálido fondo del abismo  
pero no  
rozar la mano ligeramente sobre las aguas  
para tocar con los dedos la punta de otros dedos, no,  
allá a lo lejos es la muerte acaso,  
tan sólo es un racimo de fresas salvajes, casi puedo  
decirte cómo iba buscando el rostro de las cosas desde el brocal de  
los pozos,  
quiero descender blandamente hacia la más alta noche,  
ahora llevo mi muerte por la sangre vuela una golondrina,  
quiero llevar mi muerte hacia la noche,  
a la orilla del mar, hasta la orilla  
de la noche,  
quiero dejar mi muerte a orillas de la noche,  
respirar la brisa de la noche, las flores ateridas,  
el aire de las cosas, la tierra que no es,  
al mismo fondo de los derrumbaderos de la noche.

### Óscar Wilde en París

Si proyectáis turbar este brillante sueño  
impregnad de lavanda vuestro más fino pañuelo de seda  
o acariciad las taraceas de vuestros secreteres de sándalo,  
porque sólo el perfume, si el criado  
me tiende sobre plata una blanca tarjeta de visita,  
me podría evocar una humana presencia.  
Un bouquet de violetas de Parma  
o mejor aún, una corbeille de gardenias.  
Un hombre puede  
arriesgarse unas cuantas veces, sobre la mesa  
la eterna sonrisa de un amorcillo de estuco,  
nunca hubo en Inglaterra un boudoir más perfecto,  
mirad, hasta en los rincones una cratera de porcelana  
para que las damas dejen caer su guante.

Oh, rien de plus beau que les printemps anglais,  
decidme cómo hemos podido disipar estos años,  
naturalmente, un par de guantes amarillos no se lleva dos veces,  
cómo ha podido esta sangrienta burla  
preservarnos del miedo y de la muerte.  
Un hombre puede, a lo sumo unas cuantas veces,  
arriesgar el silencio de su jardín cerrado.  
Pero decid, Milady, si no estabais maravillosa preparando el  
clam-bake  
con aquella guirnalda de hojas de fresa!  
Las porcelanas en los pedestales  
y tantísimas luces y brocados  
para crear una ilusión de vida.  
No, prefiero no veros, porque el aire nocturno,  
agitando las sedas, desordenando los pétalos caídos  
y haciendo resonar los cascabeles,  
me entregará el perfume de las flores, que renacen y mueren en la  
sombra,  
y el ansia y el deseo, y el probable dolor y la vergüenza  
no valen el sutil perfume de las rosas  
en esta habitación siempre cerrada.

Sagrado corazón y santos, por Iacopo Guarana (1802)

Una alabarda, un cardo, una tiorba, una nube de  
humo y flores, silencio, lejanía convocan,  
presencia de la luz. ¿Para qué fastos?  
Al ánimo del viejo pintor, ¿traen los años  
serenidad o dicha, o un hábito ya antiguo  
de andar en sortilegio por largos corredores  
de una ausencia que duele?  
Blanco y rosa.  
La carne  
es débil, y consuela un espacio si abriga  
patria inventada, nombres amigos, goce, tiempo  
al amparo de muros, mientras los ojos saben  
de ficción y de paz, dones del sueño.  
Amable relumbrón de teatrales glorias  
cubre el muro, que ya mano maestra  
ciñera de arquitrabes y volutas, en honda  
perspectiva, ilusión: a nadie engañan.  
Ni Arcadias, Cytereas, donde el hombre triunfa  
aéreo, con los oros de la felicidad,  
ni cínico despliegue de algún goce pasado  
sobre el mórbido cuerpo de lúcidos fantasmas  
animan su pincel.

Con sosegado pulso  
torpe la mano sin pasión preside  
la eclosión de las formas: amarillo, carmín,  
ocre, azul nieve, lila; una dulce manera.

### El sueño de Escipión (1971)

Piero della Francesca

Con qué acuidad su gestuario  
pone en fuga la luz, la verticalidad,  
la insulación de las figuras vuelve dudoso el símbolo,  
hace abstracción del aire, censura de la flora,  
sucumben los jinetes  
al vértigo del tacto con su brillo.  
No hay llaga, sangre, hiel: no son premisa.  
Dormición de la sarga, crucifixión del lino;  
última instancia del dolor celeste  
angustia de la esfera, de los troncos de cono.  
La geometría de los cuerpos  
y la vaga insistencia de su enunciado único:  
no hay hiel, la multitud  
no es síntoma del mal, no es un signo del daño.

Chagrin d'Amour, principe d'oeuvre d'art

Le plus triste des alchimistes.

Baudelaire

Así tu cuerpo fue como resume  
nuestra pupila el mundo: la imagen delicada  
de la belleza basta  
para hacernos sentir, y la pintura  
de la propia desdicha.  
Y la felicidad no tiene historia.

Pero en la ciudad vive: cada calle  
es un recuerdo que salvar,  
la acuarela del cielo en los días de lluvia  
y otras banalidades de filiación diversa  
que son felicidad.  
Hay colores o músicas  
que llevan hacia noches en que el calor de un cuerpo  
era toda razón; motivo ahora  
de construcción poética, entonces estaciones  
de una cierta ignorancia convenida  
para mejor fingir que sólo cuerpos  
tuvieran realidad: en resumidas cuentas  
para mejor vivir,  
pero no sin ficción.  
Es cada calle  
recorrer la ciudad como tenderse entonces  
al lado de tu cuerpo. En las noches, inmensa,  
reluce en lejanía. De nuevo oigo su voz  
poco a poco apagándose hacia el amanecer.  
Volver a visitarla en un hotel furtivo  
y barato, y saberla  
dispuesta a despertar a una palabra.  
Banalidad sin duda  
y humildad de vivir: una falta de gusto.

Estéril todavía más que la dicha misma acaso  
este poema. Imaginarla  
con la mirada lúcida del constructor de frases,  
perseguir la anuencia de memoria, dicción  
y pensamiento  
y tener la impudicia de escribirla: bastardos  
los gozos del poeta, como su diosa misma.  
Y todos son preciosos para volver a ella.  
La palabra es un don  
para quien nada siente, le asegura  
la existencia de un orden,  
el derecho de asilo. Porque él ni mira el mundo  
ni lo advierte, y sus ojos  
no son más que un espejo al que conmueve  
una corporeidad de formas puras:  
sus goces son la muerte, la renuncia  
anticipada asiste a su pupila  
con un halo de ausencia, y su deseo  
tiene toda la pompa de las causas perdidas:  
extremo de elegancia  
y de temor. Et solus iste sapit.  
Porque el amor nos salva: no haber vivido en vano.  
No haber envejecido cuando la noche acaba  
ida como sus músicas, darnos como el poema

la razón de estar vivos.  
Y gracias al poema  
te llamamos amor. Si no, qué llamaríamos  
a tu dudoso hechizo,  
siempre el poema definiendo  
el monótono encuentro con las sábanas sucias,  
propiciando sutiles  
especies de flaqueza,  
ennobleciendo la común astucia  
que nos devuelve el mundo, y hasta nos proporciona  
razón para crear. Devuelta la palabra  
a la palabra, es el momento  
en que gotea el agua sobre la piel mordida  
y se entibia el encanto: un tranquilo deseo  
vertido al ejercicio  
de la función poética, y la razón más firme  
para empezar de nuevo,  
anhelar el hallazgo de la palabra escrita  
desde un cuerpo.  
¡Y preténdenle  
quitar la elocución!  
Gracias a un cuerpo  
apetecer el mundo, y gracias al dolor  
(preferimos nombrarlo con más delicadeza)  
recobrar el dominio  
de la palabra, el alma  
de las cosas.  
Mirar  
con gratitud inconfesable  
el desenlace de la historia  
porque su esencia es noble; y más, es decorosa  
esa contemplación entre doliente  
y resignada, de antemano  
prevista, que resume  
tanta sabiduría; y como el arte, santa.  
Amor, poema, una ciudad por ti  
es un mundo, una justa  
coloración del alba;  
es familiar el brillo de su asfalto  
y sus calles amigas.  
La palabra es un don, y sus goces bastardos  
me dan razón de ti, son tu mejor herencia.  
Pero no sin ficción.

Esta dama ironiza  
en las implicaciones de su beso.  
Huella el patio de armas con el Príncipe Azul,  
y al ingeniar fruición  
lo escuchamos croar en su inquieto regazo.  
Y si ella es portadora del hechizo,  
¿dónde hallar escaarpín para su zarpa?

Variaciones y figuras sobre un tema de La Bruyère (1974)

Variación I

Domus aurea

I

La sordidez es nuestro pan,  
se inserta entre los cuerpos como un huésped incómodo  
y opera en sus volúmenes  
la falsación del aire  
o desdeña esos hurtos: es entonces  
un archipiélago de dudas,  
inquieta nuestro rostro, usurpa nuestro nombre  
en cometer acciones honorables.  
Parodia nuestros gestos a los pies de la cama,  
dibuja el garabato de la carne desnuda  
en que creemos estar vivos.  
Es el gran escenógrafo  
que cada amanecer pone en orden el mundo:  
las fachadas, los arcos de triunfo,  
los síntomas del miedo  
que aplazan cada tarde las sombras con su abrazo  
y que engulle la noche que no dura.  
La sordidez es nuestro pan,  
nos provee de odio y en él somos lenguaje

que sin embargo deteriora,  
levantamos un muro de palabras  
que al odio se reduce  
y el odio deteriora; parodiándolo  
nos envuelve en palabras como velos.  
Envolverse en palabras como velos  
para mitificar las figuras del odio  
como las estaciones de la risa,  
porque el discurso del fracaso,  
la lucidez, la fantasmagoría,  
son un arte de amar, tienen su método  
como lo tiene el uso de la carne  
cuando creemos estar vivos,  
cuando desdice al odio,  
con sus fabulaciones, la noche que no dura.  
Como tiene su método  
el léxico pomposo de las causas perdidas,  
brillante como vanos los recursos,  
los motivos, los temas  
del lenguaje poético -sentimientos comunes  
que recorren lo ancho de la tierra  
y otros lenguajes deterioran: anuncios luminosos,  
la propaganda de las estaciones  
de invierno, los burdeles, las lavanderías-,  
y admitimos aquí  
como materia propia del discurso poético.  
La sordidez es nuestro pan,  
origen del discurso que llamamos poema,  
origen del discurso de la carne  
en que creemos estar vivos,  
envueltos en palabras como velos.  
Odio, carne, poema: palabras como velos.

## II

El discurso poético  
fuera haces de signos surgidos en el aire,  
emanación  
de la presencia pura de volúmenes juntos  
o colores o masas.  
Lo mismo que la nave  
es ritmo por la doble pulsación de los remos  
donde todo es presencia como el yute o el cáñamo  
o el lino y la madera con sus triples argollas,  
y esa presencia es música.  
Como a un lado del muro  
las significaciones que afligen al poema

palpitan con su mugre, y más adentro  
no destila el violín más que una forma  
inmóvil en color y al escucharse ausente.  
Lo mismo que la roca  
es una arista dócil a la mano,  
tan irreconocible que carece  
de partes, a lo sumo es un color  
extenso, que ante el mar no significa  
y sonoro en las olas que no tienen historia,  
no así el poema: viejos estandartes  
llamados a contar siempre la misma hazaña  
intentando la música que los cuerpos omiten  
y enturbian las palabras con su fango:  
no hay palabras ni cuerpos nacidos en el aire.

### III

Qué hermosura los seres nacidos en el aire,  
no en el aire poblado de las grutas marinas  
donde rasgúan trépanos de algas  
y amenaza el susurro de las bestias del fondo,

ni el aire batido del estrecho  
inerte al remolino de las rocas gemelas  
que recoge la imagen la sombra de las alas  
pendientes en el cielo y son materia,

o el aire de las cumbres  
que inexpugnan los ecos sin orilla  
y ve la sucesión de sombra y luz;  
luz y sombra son cambio: son materia.

No el aire que colores intercalan  
a las evanescencias de su arco,  
investidura dócil de sentido  
que el paisaje asume, y es saeta

como el aire evadido a las minas de sal  
desconoce el derrumbe de las hojas  
pero lame en los pozos escalas de color,  
color inmóvil, gélido: materia.

No el aire de los ríos subterráneos,  
que no turba color ni luz entibia  
pero ultraja posibles en su peso  
un contrapunto de invisibles gotas,

o el aire encanecido de las criptas  
donde el azogue espejos deteriora  
que reflejan esferas y encajes de cristal;  
feliz inanición que el polvo omite.

Aire que no anula la distancia,  
el sonido, el color y las pirámides  
de Luna en que se finge la quietud  
y es materia.  
Nacidos en el aire.

## Variación II

### Queluz

Le château de Queluz devenant, dans la suite des évènements historiques (1789) qu'un vent européen va bientôt précipiter, une sorte de symbole d'un monde finissant, nous ne manquerons pas d'admirer la logique des rapports et des attachements.

José Augusto França, La Lisbonne de Pombal (París, SEVPEN, 1965), pág. 226.

## I

Impermanencia con que el aire asume  
la distancia, preludia  
una tensión hacia los cuatro puntos  
cardinales que elide los volúmenes  
y los hace dudar por fin en estallido

que limita contornos y define  
lo visible; luz sin forma aún, luego es esfera  
de color: y si define en luz, no tiene nombre.  
Como las varias formas que ahora en el aire surgen, y son  
sépalos duros  
las unas, o un estrépito de alas  
silenciosas que aturden y son sólo  
en la quietud un color único.  
O el Sol como su maza erguido, que centellea y tunde  
las piedras en que desploma su gruesa mole de garras  
y las estrías de su diente.  
El Sol no tiene nombre.  
En la distancia no hay ocaso  
ni bestias boreales en donde el mar termina,  
como correr la fronda no es el cuerno de caza  
sino quietud.  
Porque el mar no termina  
ni es mar ni tiene fin, ni existen «dónde»  
ni «mar» ni «fin».  
El mar es un color  
al que la piel se entrega.  
Innumerables, no distintos  
de sus cuerpos: escalas de color  
como la teoría de las formas vivientes  
irrepetidas siempre, porque no significan  
más que color y bulto y su proceso  
es en eternidad: no tienen nombre,  
y esa ausencia es el fasto  
al que la piel se entrega.  
Y los sonidos  
son correlatos de esa ausencia  
como lo es el color y el roce de la mano  
al que la piel se entrega, irrepetido siempre como el color  
que en noche  
resume su sonido.  
Inacabados  
por no tener principio y ser siempre una aurora  
en que la piel conoce su principio  
instante a instante, sin palabras  
más que sonido y luz en que la mano  
estrecha y no detiene, es permanencia  
sin principio ni fin, y amanecen al aire  
ola, noche, color: no tienen nombre.

## II

He aprendido a vivir en estos corredores

y conozco su historia,  
el terror a la luz.  
Lo que el arte aquí exime  
es la notoriedad con que las cosas  
pesan en la pupila y la hieren, percuten  
una huella tan honda como su estar: se desvanecen  
con nosotros, el hueco de una forma vacía  
en el agua que huye y no deja cadáver,  
y su vocabulario son recuerdos porosos  
y cálidos, que saben como cuerpos dormidos  
dejarse acariciar, y no dejan cadáver.  
Pero la luz presagia límites  
y es anticipo de certezas  
en que la piel y el ojo abdican de su miedo  
y nombran su horizonte; previsible armonía  
reintegrada a la sombra por el fulgor intenso  
con que los nombres lucen sus condecoraciones,  
su metal y su brillo: su máquina probable.  
Y sin embargo, miedo si levanta esta tumba  
alzó estos muros de la nada, terror a la intemperie  
entonces, miedo ahora del roce de la seda.  
El miedo a la intemperie alza los muros  
que curtirán los años, entibia las palabras  
brotadas de un espasmo como sangre caliente,  
desdibuja la raya de los cuerpos  
que reintegra a la sombra como la línea débil de la espalda,  
y sin embargo, fuera,  
más allá del jardín y sus losanges,  
escindieron los nombres con su espanto  
la insurrección del día.  
Hundimos nuestras manos  
y es vieja la textura de su apoyo,  
es vieja la erosión en que detiene el tacto  
la migración inútil de sus alas,  
es pobre el cuenco de la mano asida  
a la gracia remota del volumen,  
y el gravitar inerte de los cantos rodados  
ya no reconocibles en su sustancia misma  
y cuando erguidos sí, como fragmentos  
de sílice y diamante de un litófono,  
derribada armonía que tiene nombre ahora.

Mira el breve minuto de la rosa

Mira el breve minuto de la rosa.

Antes de haberla visto sabías ya su nombre,  
y ya los batintines de tu léxico  
aturdían tus ojos -luego, al salir al aire, fuiste inmune  
a lo que no animara en tu memoria  
la falsa herida en que las cuatro letras  
omiten esa mancha de color: la rosa tiembla, es tacto.  
Si llegaste a advertir lo que no tiene nombre  
regresas luego a dárselo, en él ver: un tallo mondo, nada;  
cuando otra se repite y nace pura  
careces de más vida, tus ojos no padecen agresión de la luz,  
sólo una vez son nuevos.

### El Azar Objetivo (1975)

#### Meditación de la pecera

La perfecta y homogénea redondez es el primer obstáculo,  
pues por ella se opera una limitación básica  
a la posibilidad de plantear un programa efectivo:  
que un supuesto punto de observación pueda adoptarse.  
Porque un giro de trescientos sesenta grados, tomándola como centro,  
no descubre en lugar suyo alguno un rasgo diferenciador cualquiera  
-textura del cristal por ejemplo, su espesor,  
coloración u otra circunstancia que haga refractar  
la luz allí de manera distinta.  
El segundo es, siguiendo el orden lógico,  
la trasparencia igual y uniforme del medio  
(circunscrito por una esfera perfecta),  
pues ello impide discernir en su seno punto alguno  
que, fijado de manera inequívoca, sirva de referencia  
para trayectorias y mediciones sucesivas.  
El tercero es, evidentemente, la convicción bien fundada  
de ser totalmente aleatoria la movilidad de los peces  
al no serle aplicables las Leyes de los Grandes Números,  
por entrar el caso en conflicto con sus hipótesis básicas.  
El contemplarla fijamente lo induce aún a mayor confusión,  
pues le revela una agresividad  
en la materia indócil, tan manejable y breve;  
como aquel protomártir armenio murió luego de la desollación, inútil  
en quebrantar su ánimo, de una simple aspersion de perfume  
mientras una blanquísima esclava desnuda tañía con palillos de jade  
vasos, musicales por estar llenos de agua:  
incoherencia.

Pues si concentra su atención en uno solo  
pensando aislar así los tres problemas a efectos de análisis  
(y signifique esto que son tres los ágiles peces)  
para, una vez delimitada cada trayectoria [su curva  
en un espacio de tres dimensiones (que la esfericidad  
le impide proyectar dichas trayectorias sobre un plano  
como posibilitaría con sus aristas un acuario corriente)]  
con sus variantes codificadas, y a ser posible  
dividida en un breve repertorio de movimientos básicos  
en sucesión consigo mismos y con otros  
mediante un número finito de leyes combinatorias precisas  
con su margen de error asimismo acotable-  
para recomponer entonces, digo, la realidad del fenómeno  
que como un todo no es inmediatamente accesible,  
advierte entonces que, puesto que la entera realidad que se le  
alcanza  
la constituye el ámbito de la pecera,  
no cabe más referencia para la trayectoria de uno  
que suponer fijo alguno de los otros.  
El problema se muerde la cola  
pero ninguno de los peces lo hace (lo cual o los inmovilizaría  
o los haría girar sobre un eje, lo que es equivalente)  
así que contempla perplejo su indefensión ante el cristal,  
que por falta de centro no termina.

## Eupalinos

Luego -decís- la contemplación de ese menguado tesoro  
le niega la vida real.  
Más bien él la convierte,  
de propia elección, en un estercolero,  
propiciado por tal epistemología de la basura;  
en efecto, la contempla como desde una altura excesiva,  
con supresión de todo oído y tacto,  
veía Fabrizio pasar los bueyes de reata,  
abejas de oro sobre las páginas de un salterio,  
con ese color miel pulido por la distancia;  
la contempla para irle robando como un entomólogo de opereta  
imágenes ligeras y fantasmas aéreos,  
fragmentos de porcelana, alfileres, medallas, los cuales  
son, mucho después, en la soledad de su mente,  
una vida de mayor alcance.  
En la tumba de Hatshepsuth  
se encontró, entre el ajuar funerario,  
una veintena de granos de trigo  
con aptitud germinativa.

Eupalinos

alzó su templete redondo sobre cuatro columnas,  
imagen matemática de una muchacha de Corinto:  
no cuestiona él la legitimidad del procedimiento  
puesto que no se le alcanza ninguna alternativa posible,  
pero obtiene con ello mayor nitidez  
en las imágenes (y una mayor gratificación afectiva,  
pues les da mayor nitidez)-  
existencia  
equivale a gratificación afectiva  
acompañada de mayor nitidez-  
ordena el caos  
de la vida real, tan inferior a su memoria,  
le confiere sentido y mayor nitidez.

Ensayo de una teoría de la visión (1979)

Ostende

Obediencia me lleva, y no osadía.

Villamediana

Nuestros burgueses [...] sienten una grandísima fruición en  
seducirse unos a otros sus mujeres.

Manifiesto Comunista, 11

Recorrer los senderos alfombrados  
de húmedas y esponjadas hojas muertas,  
no por la arista gris de grava fría  
como la hoja de un cuchillo.  
Mueven  
su ramaje los plátanos como sábanas lentas  
empapadas de noche, de grávida humedad  
y reluciente.  
También en la espesura  
late la oscuridad de las cavernas,

y el Sol sobre las hojas evapora  
las gotas de rocío-  
el aura de calor  
que envuelve e ilumina los cuerpos agotados  
cuando duermen: si acercas la mejilla  
ves las formas bailar y retorcerse,  
un espejismo fácil y sin riesgo:  
dos bueyes que remontan la colina,  
el mago que construye laberintos,  
el calafate, el leproso, el halconero  
parten seguros al amanecer,  
no como yo, por los senderos  
cubiertos de hojas muertas, esponjadas y húmedas.  
A veces entre los árboles clarean  
los lugares amenos que conozco:  
el pintado vaporcillo con su blanca cabeza  
de ganso, acribillada de remaches y cintas;  
las olas estrellándose bajo el suelo de tablas  
del gran salón de baile abandonado,  
las lágrimas de hielo que lloran los tritones  
emergiendo en la nieve de las fuentes heladas;  
el cuartito en reposo con la cama deshecha  
junto al enorme anuncio de neón  
que lanza sobre el cuerpo reflejos verdes, rojos,  
como en las pesadillas de los viejos opiómanos  
del siglo diecinueve.  
Un cervatillo salta  
impasible: lo sigo.  
En un claro del bosque  
está sentada al borde de la fuente,  
con blanquísima túnica que no ofrece materia  
que desgarrar a la rama del espino.  
Corro tras ella sin saber su rostro,  
pero no escapa sino que conduce  
hasta lo más espeso de la fronda,  
donde juntos rodamos entre las hojas muertas.  
Cuando la estrecho su rostro se ha borrado,  
la carne hierve y se diluye; el hueso  
se convierte en un reguero de ceniza,  
y en medio de la forma que levemente humea  
brilla nítida y pura una piedra preciosa.  
La recojo y me arreglo la corbata;  
de vuelta, silencioso en el vagón del tren,  
temo que me delate su fulgor,  
que resplandece y quema aún bajo el abrigo.  
Tengo una colección considerable,  
y en el silencio de mi biblioteca  
las acaricio, las pulo, las ordeno  
y a veces las imprimo.  
En el dolor se engendra la conciencia.

Recorrer los senderos alfombrados  
de húmedas y esponjadas hojas muertas,  
inseguro paisaje poblado de demonios  
que adoptan apariencia de formas deseables  
para perder al viajero.  
Mas no perecerá  
quien sabe que no hay más que la palabra  
al final del viaje.  
Por ella los lugares,  
las camas, los crepúsculos y los amaneceres  
en cálidos hoteles sitiados  
forman una perfecta arquitectura,  
vacía y descarnada como duelas y ejes  
de los modelos astronómicos.  
Vacío perseguido cuya extensión no acaba,  
como es inagotable la conciencia,  
la anchura de su río  
y su profundidad.  
Desde el balcón  
veo romper las olas una a una,  
con mansedumbre, sin pavor.  
Sin violencia ni gloria se acercan a morir  
las líneas sucesivas que forman el poema.  
Brillante arquitectura que es fácil levantar  
igual que las volutas, los pináculos,  
las columnatas y las logias  
en las que se sepulta una clase acabada,  
ostentando sus nobles materiales  
tras un viaje en el vacío.  
Producir un discurso  
ya no es signo de vida, es la prueba mejor  
de su terminación.  
En el vacío  
no se engendra discurso,  
pero sí en la conciencia del vacío.

Divisibilidad indefinida (1990)

Música para fuegos de artificio

Hace muy pocos años yo decía  
palabras refulgentes como piedras preciosas  
y veía rodar, como un milagro  
abombado y azul, la gota tenue  
por el cabello rubio hacia la espalda.

No eran palabras frágiles, prendidas al azar  
de un evadido vuelo prescindible,  
sino plenas y grávidas victorias  
en las que ver el mundo y obtenerlo.

La emoción de enunciar un orden justo  
cedía realidad al sonido y al tacto  
y quedaba en los labios la certeza  
de conocer en el sabor y el nombre.

Pero la certidumbre de una mirada limpia  
es una ingenuidad no perdurable,  
y el viento arrastra en ráfagas de crespones y agujas  
el vicio de creer envuelto en polvo.

Y si tras de la luz esplendorosa  
que pone en pie la vida en un haz de palmeras  
el miedo de dormir cierra los cálices  
susurrando promesas de una luz sucesiva,

el fulgor de la fe lento se orienta  
al imán de la noche permanente  
en la que tacto, imagen y sonido  
flotan en la quietud de lo sinónimo,

sin temor de mortales travesías  
ni los dones que otorga la torpeza  
sino un fugaz vislumbre de medusas:  
inconsistentes ecos reiterados

en un reino de paz y de pericia,  
apagado jardín de la memoria  
donde inertes se pudren sumergidos  
los oropeles del conocimiento

y como resquebraja la alta torre

la solidez de su asentado peso,  
de tan robusto, poderoso y grave  
se quiebra y pulveriza el albedrío.

Así para las aves y la plácida  
irrepetible pulcritud del junco  
hay cada día olvido inaugural  
en la renovación de la mañana:

quien hace oficio de nombrar el mundo  
forja al fin un fervor erosionado  
en la noche total definitiva.

#### Segunda lección del páramo

Veo anegarse la llanura helada  
en marea de sombra que creciente  
al rojo sumidero del poniente  
conduce la blancura amordazada

y a la noche cerrada  
unas cuantas palabras que prudente  
conseguí, menos sabio que paciente,  
traigo como remedio de la nada.

Sólo para regalo de mis ojos  
brillan y aroman y por un momento  
chisporrotean en la llama huidiza;

después, con otros restos y despojos  
de voluntad y de conocimiento,  
perecen hechas brasas y ceniza.

Tanta morosidad, si no dilata  
la erosión caediza de los oros,  
si los haces pintados y sonoros  
derriba ennegrecidos por su plata,

¿para qué fue? Su lujo no rescata  
el cálido concierto de los coros,  
y entre tantos aromas y tesoros  
voló hecha humo la última sonata.

Pero cuando descubra el viajero  
tan espléndido y raro pudridero  
de restos de tramoya y bambalina

dirá que no fue inútil el intento:  
si se perdió la voz y el argumento  
algo fue, pues dejó tanta ruina.

## El estudio del artista

Anónimo holandés

Al fondo de la estancia tenebrosa  
atestada de mapas y anaqueles,  
de caballetes, bustos y cinceles  
donde la araña teje sigilosa

una figura pálida y borrosa  
rodeada de libros y papeles  
alza un compás y cruza dos pinceles  
contemplando la noche silenciosa.

Una llama de vela mortecina  
signa la oscuridad más que ilumina  
y descubre el temor y la torpeza,

la mueca de desprecio y extrañeza  
con que asoma la estúpida cabeza  
del mono que levanta la cortina.

Verano inglés (1999)

Lección de música

Anónimo, taller de Boucher

No presiones la base de la flauta:  
sólo con la caricia de los dedos  
llévala con dulzura hasta la boca.  
Humedece los labios porque brille  
la tersa plata inerme en cerco rojo.  
Finge no recordar la melodía:  
piérdela, duda, persíguela jugando  
a la gallina ciega entre las rosas.  
Mira cómo se ciñe la guirnalda  
a las cuatro columnas del dosel;  
las retuerce rozándolas, las hinche  
el filo y la blandura de sus pétalos:  
bordea en espiral octava y tono,  
la indecisión del tempo imprevisible,  
sincopado, lentísimo, inminente,  
crátera hendida sobre su columna,  
anegada en la lluvia y en el miedo  
de ceder y volcarse.  
Vuélcala  
en las notas vibrantes como dardos.  
La mano izquierda no te quede ociosa:  
tienes en el atril unas granadas  
hinchidas, reventando en ocre y rojo;  
apriétalas tres veces, luego dime  
a qué te sabe el zumo de la música.

La beatitud del día se define  
en excesos de luz, de Sol, de verde.

En el jardín sonríen los atlantes  
al sostener la cúpula del tiempo.  
Venus sonrío, y un tropel de faunos  
ahuyenta el cervatillo de Diana.

How many moles?

Hoy tiene tu mirada un inquietante brillo:  
el de una gata que se ha tragado un pajarillo.

Caes como la tarde, ausente y soñadora.  
El Sol besa las nubes y las dora

y con ojos profundos, densos, crepusculares,  
me pides que te cuente los lunares.

Aun antes de empezar ya me doy por vencido:  
tienes tantos como un dálmata crecido,

y con esa sonrisa pizpireta y astuta  
me aturdes, y no puedo ni pensar en la ruta.

Veo uno escondido en donde nace el pelo.  
Está tan solo y es tan pequeñuelo

que podría perderse si ahora lo dejara  
en el camino, y sin contarle me lanzara

ombigo arriba hacia las redonduelas,  
tan opíparas, pingües, gordezuelas,

que aspirar su calor y su fragancia  
confirma mi noción de la lactancia:

no debe malgastarse en un recién nacido;  
no sabría apreciarla como es debido.

La izquierda siempre fue mi preferida.  
Es la más descarada y la más presumida,

siempre apuntando al techo muy airosa  
con su breve hociquillo de color rosa.

Crece y se vuelve duro, muy arrogante y tieso,  
si anoto dos que tiene, con un beso.

He de seguir contando sin demora:  
sólo he llegado a tres en una hora.

¿Voy arriba o abajo? Me extravió,  
dudo, me armo un lío y me armo un lío

y aterrizo por fin en un moflete,  
y al morderlo, tan suave y regordete,

cuento, con un cachete en el culete,  
cuatro. Esto va mejor: ya suman siete.

Pero hay más que amapolas en un prado florido,  
que caracoles después de haber llovido.

Aun en toda la noche no podría.  
Tendremos que contarlos otro día.

Sweetie, why do snails come creeping out?

Si eres niña y has amor,  
¿qué farás cuando mayor?  
ANÓNIMO, Ramillete de flores  
(Lisboa, 1593)

Siempre llegamos pronto, o tarde, o nunca,  
a trenes que han salido o que no existen,  
los cogemos en marcha  
hacia cualquier lugar sin estación ni nombre.  
Dónde estaría yo, Caperucita,  
cuando lanzabas torre abajo  
la escalera de amor de tus dos trenzas.  
Te desnudo, y el tiempo luminoso  
que te envuelve se agolpa y cae en mí  
con ácido rumor de aristas negras  
al llegarte a quitar los calcetines  
pequeños, de ir a clase de gimnasia,  
de salir de excursión con un vestido blanco:  
me duele la sorpresa  
si aprendo en tus lecciones algún brillante truco,  
un magistral alarde de gramática parda.  
Cuatro cosas aún puedo descubrirte,  
y dejarte grabados en la piel  
esos dulces recuerdos que una mujer no olvida:  
qué es el sabor a roble y el posgusto,  
qué lleva la langosta Thermidor,  
por qué nos arrastramos al acabar la lluvia,  
para tomar el Sol, los caracoles.

Al fin a vuestras manos he venido

Garcilaso

Cuando era niño, al acabar la clase  
salíamos todos juntos al recreo  
y yo era el aguafiestas, el torpe, el metepatas  
absorto en un rincón imaginando historias,  
aventuras y compañías de papel, leyendo un libro.  
La edad no me ha librado de vocación tan mísera  
ni he sabido adquirir mayor destreza  
ante la realidad: extranjero en la sombra  
huyendo tras el cristal de un tren nocturno,  
ante quien brillan letreros lacerados,  
resplandores y rostros y raíles sinónimos.  
Después de fracasar con tanto empeño  
al fin hasta tus manos he venido  
como quien nunca supo del olor de la tierra  
en un jardín mojado por la lluvia

ni oyó hincarse en la roca la paz del arcoiris,  
acorde de las gamas del gozo de la vista,  
silencio en la fragancia de los tibios colores  
donde no cabe instante sin milagro.  
No me exilies de nuevo al metal trasparente  
donde la voluntad se engríe y pudre,  
al desierto incoloro donde se triza el tacto:  
no me dejes en un rincón con este libro,  
medalla decorosa en el ojal de un muerto.

### Espejo de gran niebla (2002)

#### Disolución del sueño

Nadie puede instalarse  
en los sueños de otro: están fundados  
en la incredulidad, la decepción y el miedo,  
y su inquietud no admite compañía.  
Juguetes rotos de una niñez tapiada  
que no quiere arriesgar el privilegio  
de mecerse en la paz de no haber sido;  
un andrajo sin nombre  
vacante en el umbral del paraíso  
al no tener un cuerpo que lo vista.  
El que contempla el Sol no ve su fuego,  
cifrado en cenital circunferencia;  
baja la vista, y teme. Lo confunde la luz;  
sólo puede mirarla si se mezcla  
a los colores turbios de las cosas.  
Tampoco se permite  
afrontar la arrogancia de sus sueños.  
Finge que no lamenta su vacío  
pues no los tiene ni jamás los tuvo,  
o los destierra al sótano más hondo  
sin calor ni alimento, hasta que mueren  
y vagan insepultos y lo acosan  
al apagar la luz en un cuarto de hotel;  
y por fin engalana su cadáver,  
lo corona de mirto y lo pasea  
para ofrecerlo a quien lo pisotee,  
y lo destierra al fin a la página escrita  
para eludir su insulto de blancura,  
salpicando de tinta su amenaza de espejo,

su insoslayable potestad de lirio.  
Sueño: región más alta,  
sonora en geometría cuyo color se vuelve  
imán de la certeza del exilio.  
La voz es una brisa que nos trae  
los primeros jirones  
de los aromas del jardín del sueño.  
Ha de reburujarse como seda  
o desplegarse cálida y redonda,  
hinchida al ascender en su ternura,  
y volar sobre cumbres y estuarios.  
Así tu voz, umbral de tantos mundos,  
sabía concederlos resumidos  
en la proximidad del horizonte  
de la luz de la llama de una vela;  
pero hoy vendría a mí tenue y descalza,  
sobre la duda de cristales rotos  
que esparciste en la estela de tu nombre.  
Si rompieras a hablar, tu voz tendría  
una pátina oscura de parajes  
donde se pudre la lección del tiempo.  
Ya no podré entenderte si me hablas:  
sólo olvidando el lastre de las cosas  
y las aristas negras de los nombres  
tiene tu voz la pulcritud del sueño:  
música en el estuche de su brillo.  
En los sueños, los ojos son azules:  
si son de otro color, no estás soñando.  
El azul es un reino de dulzura.  
Dulzura no es palabra suficiente  
en lo espiritual y trascendido;  
es la de los torrentes cuando llegan  
a presentar en el Abril del valle  
la rendición templada de su hielo,  
conservando en color de las alturas  
la transfiguración del aire límpido;  
la del rumor de guijas y de conchas  
que resuena en las playas por la noche,  
llenando de sí misma  
la conciencia de estar oculto y solo.  
Cuando abrías los ojos levantabas  
una cúpula azul sobre la tierra,  
coronada de flámulas ardientes;  
un recinto tan alto  
y en su ofrenda de luz tan silencioso  
que toda voluntad se deslizaba  
por la pendiente del desasimiento.  
Así unos ojos pueden encender  
la latitud inaugural del mundo  
diáfana y trasparente sin frontera,

y entrecerrar su propio laberinto  
de heces y esquivas de rumor taimado.  
No quiero su amenaza  
en la consternación del aire turbio:  
sólo el azul extático y redondo.  
La curvatura es vocación del río  
con inflexiones lentas de meandro  
en el arroyo que desciende al valle,  
es consuelo en el círculo del Sol  
cuando tiñe de rojo la parábola  
en que la luz dibuja el horizonte,  
espiral aguzada  
en el brillo del brote de la hoja,  
convexidad en la tensión del fruto,  
densidad y turgencia  
en todo lo colmado y lo creciente.  
La redondez es signo de la carne  
de mujer, salvación,  
oasis de volumen  
en la angustia del plano y de la recta;  
pero ha de ser jardín al que no lleve  
la ausencia de un camino no trazado.  
Esa es la norma capital del sueño,  
lo que confiere elevación de nube  
y resplandor solar de paraíso  
a la entereza de un jardín redondo  
retirado al secreto  
de su concavidad, sin que el dardo del tiempo  
-serpiente rectilínea que hiere con la ciencia  
del veneno sin paz de la memoria-  
tenga puerta cerrada en que clavarse.  
Pero tú oscureciste el horizonte  
donde pudo brillar el más diáfano  
silencio precursor de voz primera,  
y trajiste al preludio  
de su estación redonda la maldición del tiempo:  
un largo corredor de palabras caídas  
pudriéndose en la sombra de su otoño.  
Así llegué al umbral del paraíso  
como Moisés en su último viaje;  
y en la desolación de la memoria  
y la miseria del entendimiento  
se desvanecen un jirón azul,  
geometría sin voz, música abstracta.

### Villa de un magistrado en Macedonia

No se sabe su nombre. De su casa subsisten  
el tritón y el Neptuno de un mosaico,  
y una lasca de estela con un cuenco  
y la espiral de un laberinto.  
Contemplaba el mensaje de los frutos,  
la exacta disciplina de los astros,  
la curvatura unánime que rige  
el cuerpo de mujer y el horizonte:  
la ascensión de la vida como signo redondo  
que degrada la mente cuando rueda  
remedando en sus círculos de sombras  
la realidad, volumen bajo el Sol  
-esfera conciliada en la luz de otra esfera-  
donde el deseo anida sin preguntas.  
Quiso dar a entender al visitante  
acostumbrado al oro falaz del pensamiento  
que sus estatuas y su biblioteca  
no eran la ostentación y el lujo de un patricio.

### Casa de un comerciante en Ultraiectum, siglo VII d. C.

Vivo en un lodazal donde gruñen los cerdos  
y el humo ofende la quietud del aire.  
Fui una vez a Tréveris, y donde se cargaban  
las carretas camino de los hornos de cal  
recogí el torso alado de un dios ciego.  
Me ayuda a despreciar  
a esta mugrienta tribu de pastores:  
sueño que llegué al Sur, y estuve en Roma.

Guillermo Carnero

Antología poética

## Índice

- Dibujo de la muerte (1967)
  - Amanecer en Burgos
  - Muerte en Venecia
  - Óscar Wilde en París
  - Sagrado corazón y santos, por Iacopo Guarana (1802)
- El sueño de Escipión (1971)
  - Piero della Francesca
  - Chagrin d'Amour, principe d'oeuvre d'art
  - Cenicienta
- Variaciones y figuras sobre un tema de La Bruyère (1974)
  - Domus aurea
  - Variación II
  - Queluz
  - Mira el breve minuto de la rosa
- El Azar Objetivo (1975)
  - Meditación de la pecera
  - Eupalinos
- Ensayo de una teoría de la visión (1979)
  - Ostende
- Divisibilidad indefinida (1990)
  - Música para fuegos de artificio
  - Segunda lección del páramo
  - Museo naval de Venecia
  - El estudio del artista
- Verano inglés (1999)
  - Lección de música
  - How many moles?
  - Sweetie, why do snails come creeping out?
  - Al fin a vuestras manos he venido
- Espejo de gran niebla (2002)
  - Disolución del sueño
- Poemas arqueológicos (2003)
  - Villa de un magistrado en Macedonia
  - Casa de un comerciante en Ultraiectum, siglo VII d. C.

## Índice alfabético

- Al fondo de la estancia tenebrosa
- Así tu cuerpo fue como resume
- Con qué acuidad su gestuario
- Cuando era niño, al acabar la clase
- Detlev Spinell, son aquí debajo
- En el silencio de los claustros reposa

Esta dama ironiza  
Hace muy pocos años yo decía  
Hoy tiene tu mirada un inquietante brillo:  
Impermanencia con que el aire asume  
La perfecta y homogénea redondez es el primer obstáculo,  
La sordidez es nuestro pan,  
Luego -decís- la contemplación de ese menguado tesoro  
Mira el breve minuto de la rosa.  
Nadie puede instalarse  
No presiones la base de la flauta:  
No se sabe su nombre. De su casa subsisten  
Qué hermosura los seres nacidos en el aire,  
Recorrer los senderos alfombrados  
Si proyectáis turbar este brillante sueño  
Siempre llegamos pronto, o tarde, o nunca,  
Tanta morosidad, si no dilata  
Una alabarda, un cardo, una tiorba, una nube de  
Veo anegarse la llanura helada  
Vivo en un lodazal donde gruñen los cerdos

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**